

G-F 14556



DG
A

Control. / H⁹
24 FEB 01

+155943

INFORME

SOBRE LOS RETRATOS

DE CRISTOBAL COLON,

SU TRAGE Y ESCUDO DE ARMAS.

ADVERTENCIA.

TRATANDO la ciudad de Génova de erigir un monumento á la memoria de su esclarecido hijo Cristóbal Colon, quiso proporcionar los datos históricos necesarios para el desempeño de tan importante obra al aventajado escultor Roncalini, encargado de ejecutarla. Con este objeto pidió noticias á España, por medio de nuestro cónsul residente en aquella ciudad, y el Sr. Ministro de Estado, por conducto del de la Gobernacion é Instruccion pública, encargó á la Academia que las diera sobre el verdadero retrato de Colon, trage que el héroe usaba y escudo de armas que le concedieron los Reyes Católicos.

La Academia, deseando corresponder á la confianza del Gobierno y coadyuvar á tan noble empresa, nombró una comision para que, consultando antecedentes, informára lo que considerase mas acertado. Compusieronla los Sres. Conde de Clonard, D. Pedro Sainz de Baranda y Don Valentín Carderera. Ya el último, á invitacion de la Academia, habia hecho anteriormente varios trabajos con objeto de dar á conocer los retratos apócrifos de Colon, que pasaban por verdaderos, y refutar un folleto que en apoyo de uno de aquellos escribió Mr. Jomard, individuo del

Instituto de Francia. Con esto habia mucho adelantado para ilustrar el asunto. Asi fué que, en 20 de noviembre de 1847, la comision pudo presentar un informe que la Academia elevó al Gobierno de S. M.

Posteriormente se han practicado otras varias diligencias para ver de hallar algun retrato auténtico: se ha escrito á Cartagena, Salamanca y otros puntos de la Peninsula, donde se sospechaba que existieran documentos importantes; y con estas y otras investigaciones, hechas por el Sr. Carderera, el informe ó memoria ha adquirido mayor interés, por la abundancia de datos y noticias. La comision las ha reunido en este escrito, que sin duda dará abundante luz á los pintores y estatuarios que intenten representar al ilustre descubridor del Nuevo Mundo, y la Academia ha acordado imprimirlo en sus Memorias.

INFORME

SOBRE LOS RETRATOS

DE CRISTOBAL COLON,

SU TRAGE Y ESCUDO DE ARMAS:

LEIDO

A LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

POR SU AUTOR

DON VALENTIN CARDERERA,

individuo de número.

*Sic ut Columbus dignus omnino videri possit qui à
Liguribus... luculentissima statua decoretur.*

(PAUL. JOVIVS in Cristof. Columbi Elogio.)

Contemplar el retrato verdadero, la imagen venerable de los varones eminentes, es sin duda una de las agradables satisfacciones que experimenta el corazón. Pero no siempre es dado disfrutarla respecto de los que cuentan alguna antigüedad: nos privan de ella muchas veces el atraso de las artes en la época en que florecieron aquellos, los estragos del tiempo, y la adulteración y falsificaciones hechas por ignorancia, por codicia ó por vicio de las artes mismas.

Cuatro siglos hace que el nombre de Colon es célebre en el mundo: en todas las naciones ha sido general el entusiasmo por el descubridor de América; los historiadores no encuentran expresiones suficientes para referir su grande y feliz empresa; los poetas no hallan inspiraciones bastante enér-

gicas para ensalzarlo; los pintores y estatuarios han empleado sus colores y cinceles en representar su noble figura; y sin embargo, tenemos que dudar de su verdadero retrato, desechar como apócrifos la mayor parte de los que llevan su nombre, y acudir á buscar con diligencia en antiguas tablas y crónicas la interesante fisonomía del héroe, que en vano pretende crear la imaginacion ardiente del artista. Hoy que Génova, realizando la antigua prediccion de Jovio, trata de erigirle un monumento para eterna memoria de sus ciudadanos, las investigaciones se han multiplicado, y literatos y artistas se afanan en descubrir el verdadero retrato de tan insigne personage.

La Academia de la Historia no podia permanecer indiferente en medio del general interés y deseo. Dedicóse con empeño á esta investigacion, por voluntad propia, cuando apareció el folleto y retrato que publicó Mr. Jomard, y ha redoblado despues sus esfuerzos al recibir del Gobierno de S. M. la comision de hacer cuantas exploraciones y diligencias condujeran á encontrar un retrato auténtico del intrépido y afortunado navegante.

Al observar la necesidad de tales investigaciones, de temer es que haya quien extrañe que el sublime genio, que dió un nuevo mundo á Castilla y Leon, no tenga verdaderos traslados de su figura, no solamente en tablas y lienzos, sino tambien en mármoles y bronces. Preciso es sin embargo hacerse cargo de que si aun las obras ejecutadas en estas durisimas materias sucumben á la fuerza de los siglos, no seria extraño que las producciones del pincel, consignadas en otra por lo regular muy perecedera, hubieran desaparecido por efecto de tantos trastornos como se han sucedido en nuestros tiempos. Y por lo que hace á las obras de escultura, sabido es que hasta principios de este siglo, apenas se contaban en todas las mas cultas y opulentas ciudades de Europa una docena de estátuas erigidas á sus distinguidos compatriotas: parece que solo á los monarcas ó príncipes estaba reservada esta especie de apoteosis, en que la adulacion tenia gran parte. Si en nuestros dias se trata de reparar aquella culpable indiferencia y se han erigido infinitas estátuas en la Europa septentrional, tampoco ha permanecido nuestra nacion en la apatía. Aunque amagada ya de las discordias civiles, erigió una al gran Cervantes; ha dirigido despues sus esfuerzos á descubrir las cenizas de Velazquez para elevarle un monumento digno de su gloria, y no ha escaseado medios de perpetuar la memoria de otros genios privilegiados. Colon, el inmortal Colon tiene su mausoleo en la Española y en Cuba, en el frontispicio de Améri-

ca, y su monumento es un *Nuevo Mundo*. Erijáanse además estatuas en todas partes, y así como se han esclarecido modernamente con los escritos originales sus grandiosas hazañas, registrense con ansia los antiguos documentos para encontrar el verdadero traslado de su venerable é interesante fisonomía. Tal ha sido y es nuestro objeto.

Incompletos en verdad son todavía los datos que podemos presentar, mas no dejan de tener un valor inapreciable: nos servirán de guía en medio de la oscuridad que envuelve el asunto, y con su auxilio cumpliremos acaso el árduo empeño que hemos contraído. Acudiremos al testimonio de los escritores españoles del tiempo de Colon; analizaremos las pinturas y grabados que han resistido á la acción destructora de los siglos; y fundados en uno y otro, emitiremos nuestra opinión, si no tan segura como desea la Academia, apoyada al menos en razones de gran peso.

Entusiastas admiradores de las glorias de Colon, consignaron nuestros abuelos en sus escritos los rasgos característicos de aquella fisonomía franca y varonil. Hemos reconocido los preciosos apuntes que han llegado hasta nosotros, y entre ellos aparecen algunos, de tal interés para nuestro propósito, que debemos ponerlos aquí por primer fundamento.

Testigo ocular Gonzalo Fernandez de Oviedo, nos dice (1): «Que era de buena estatura y aspecto, mas alto que mediano y de recios miembros, los ojos vivos y las otras partes del rostro de buena proporcion, el cabello muy bermejo y la cara algo encendida y pecosa». En la historia de D. Fernando Colon, se dice (2): «Fue el Almirante hombre de bien formada y mas que mediana estatura, la cara larga, las mexillas un poco altas, sin declinar de gordo ó macilento, la nariz aguileña, los ojos blancos (3) y el color encendido: en su mocedad tuvo el cabello blondo, pero de treinta años ya le tenia blanco: en el comer y el beber y en el adorno de su persona, era muy modesto y continente».

Antonio de Herrera (4), á quien su diligencia y exactitud dan todo el

(1) *Historia general de Indias*, libro 2, cap. 2.

(2) Traducción del italiano al castellano por Ulloa, cap. III. Habiéndose perdido el texto original de D. Fernando Colon, solo hemos podido consultar la traducción italiana y su restitución al castellano.

(3) El texto italiano también dice sola-

mente *et gli ochi bianchi*: muchos escritores italianos llaman así á los ojos de color azul claro: acaso se suprimió en lo antiguo la palabra *turchini* antepuesta al adjetivo *bianchi*. Conviene esto con lo que dice Thomassino en el elogio de Colon, *occhi azurri*.

(4) *Historia general de las Indias Occidentales*. Década 1.^a, lib. 6, cap. 15.

carácter de testigo abonado, dice: «Fué D. Cristóbal Colon alto de cuerpo, el rostro luengo y autorizado, la nariz aguileña, los ojos garzos, la color blanca que tiraba á rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos, y era gracioso y alegre, bien hablado y elocuente». Con datos tan fidedignos, en medio de las infundadas conjeturas con que en nuestros tiempos pretenden muchos dar autenticidad á los retratos que poseen del célebre navegante, hemos procedido á un detenido exámen de las pinturas que le representan, tanto de las que existen en la córte, como de las que están en otros puntos del reino y en países extranjeros.

Parecia natural dirigirse al sucesor del Almirante, el Excmo. Sr. Duque de Veragua, en busca del retrato de su esclarecido abuelo; pero desgraciadamente el que conserva S. E. está ejecutado á fines del siglo XVII, y si bien se trasluce en él algun confuso rasgo de la fisonomía de Colon, la demasiada juventud que representa, los bigotes, lechuguilla y otras incoherencias en el rostro y trage, deponen completamente contra la autoridad de este lienzo. Muy generales fueron tales defectos en el siglo XVII, y aun en el siguiente, en que se pintaron muchos de estos retratos históricos, especialmente en séries numerosas para los salones de linages y asambleas de corporaciones eclesiásticas y civiles. La escasa crítica con que tantos historiadores escribian y los brillantes delirios de los poetas, arrastrados por una fantasía desordenada, debieron comunicarse como un contagio á los pintores y estatuarios, que se dejaron llevar de la lozanía de su genio y de la extravagante pompa de los trages coetáneos. De esta suerte se verifica casi siempre que, participando de un mismo espíritu las letras y las artes de imitacion, á entrambas alcanzan iguales defectos en la época de su decadencia

Pero en medio de estas impropiedades y falta de crítica, no era menos saludable el efecto moral de aquellas apócrifas representaciones. Bastábale á aquella sociedad un imperfecto simulacro de sus héroes, designados mas bien por epígrafes ostentosos, que por la exactitud y veracidad de su semblante y atavíos; y los vastos salones de sus castillos y palacios tapizábanse con largas filas de retratos de esforzados guerreros, cuyo marcial continente aguijoneaba á la juventud á imitar sus hazañas, que deletreaba en dorados caracteres desde la tierna infancia. Poderoso talisman han sido siempre, para las almas de temple noble y generoso, los nombres de los héroes que dieron á su patria dias de inmarcesible gloria!

A esta clase, pues, pertenece el cuadro que conserva el Duque sucesor del Almirante, quien, muy persuadido de esto, ha solicitado repetidas veces copia del retrato tenido por original, que se dice fue trasladado á la Habana desde la isla de Santo Domingo juntamente con los restos mortales del famoso navegante. Segun las noticias del Señor Duque, aquel retrato estaba pintado en tabla y su tamaño era de poco mas de media vara. Muy favorablemente hacen pensar estas circunstancias acerca de la citada pintura, porque aquellas dimensiones, ú otras aun mas reducidas, se daban en el siglo XV y á principios del siguiente á los retratos de su clase. Sin embargo, á ser este el verdadero, natural parece se hubiese tenido presente, tanto para modelar el busto de Colon colocado en la plaza de armas de la Habana, como para el que se pintó en su sepulcro; y en uno y otro monumento, lejos de aparecer el traslado de un retrato original, se ven las señales de una copia sacada en tiempos posteriores, puesto que se representa al personaje adornado con acuchillados y lechuguilla ó avanillos, cuyos arreos no pertenecen á su época. Iguales incoherencias, ya en la fisonomía, ya en el traje, ofrece el cuadro que poseen los Duques de Berwick y Alba, del que luego hablaremos, copiado, segun se dice, del de la Habana. A pesar de estas faltas, no creemos que puedan sacarse consecuencias absolutamente contrarias á la tabla referida, si se consideran los repetidos ejemplos de ignorancia que nos dan muchísimos artistas antiguos y modernos, que adornan sus personajes con atavíos propios de siglos muy posteriores, desdeñándose de consultar los monumentos coetáneos que los representan, aun teniéndolos frecuentemente á la vista. Asi, en los dos lienzos de las casas de Veragua y de Berwick, no olvidó el pintor la lechuguilla grande, que desde principios del siglo XVII se habia usado en la Península, sin considerar que hasta cerca de setenta años despues de la muerte de Colon, no se empezó á traer en España ni en las naciones vecinas (1).

Copia puntual del retrato de la casa de Veragua, si bien ejecutada un siglo mas tarde, es el que existe en el célebre archivo de Indias de Sevilla. Tambien nos representa á Colon como un galan del siglo XVII, con retorcidos bigotes, lechuguilla y calzas acuchilladas (2). Ni la famosa

(1) Habiéndose consultado sobre la tabla de la Habana á varias personas que han residido en aquella ciudad, y principalmente al Sr. Príncipe de Anglona, caballero tan ilustrado como inteligente en la materia, resulta

que nadie la ha visto. Esto nos hace sospechar que por algun incendio ó desgracia semejante haya desaparecido muchos años hace.

(2) Mr. Jomard creía ver borrado en este lienzo el nombre de otro personaje para ins-

biblioteca colombina, fundada por el hijo del Almirante y decorada con tantos retratos históricos, nos ha conservado sus facciones en ningun monumento coetáneo. El cuadro que hoy le representa en aquel rico depósito literario, fue regalado pocos años hace por el rey Luis Felipe, que lo mandó pintar con tal intento: en él está el ilustre Genovés en actitud de meditar su gloriosa empresa; y aunque se observen las conveniencias históricas, bien se vé que el retrato es ideal, como ejecutado por relaciones y traslados muy posteriores á la época del gran navegante.

Los Sres. Duques de Berwick y Alba conservan en su casa de Madrid un gran lienzo que representa á Colon sentado en silla suntuosa. Viste el héroe una túnica encarnada, sembrada de flores de oro, y sobre ella una especie de manto ducal de seda blanca, con grandes recamados del propio metal y epítoga de armiños; empuña finalmente una espada enhiesta. Tan extraña pompa no deja de sorprender en un personage modesto y austero como Colon. ¿Habrá querido el pintor representarle con traje de almirante? No lo dudamos. Pero si la cabeza de este cuadro fue copiada, como se dice, del que existia en la isla de Santo Domingo, el artista usó de tales licencias en el peinado y en la adición de los bigotes, lechuguilla y otros accesorios impertinentes, que apenas queda en él un ligero vestigio de la franca fisonomía del célebre marino. Tal era el gusto de aquel pomposo siglo XVII, en que se pintó este cuadro: siglo de los enormes guarda-infantes, de las lechuguillas, valonas y encañonados, y otros traheres extraños que los moralistas anatematizaban en numerosos impresos y sermones.

Hecha la reseña de todas las imágenes de Colon, ejecutadas en el siglo XVII, que han llegado á nuestra noticia despues de exquisitas diligencias, retrocedamos al siglo anterior, en el cual espiró nuestro héroe, y en el que debia conservarse mas vivo y reciente el recuerdo de su semblante. El primer retrato que se presenta á nuestro exámen, es un lienzo de dos pies de alto que conservan en esta córte los Sres. Marqueses de Malpica. En él se vé á Colon de busto solamente, con ropilla ó sotana negra, descubierto levemente el borde de la camisa, y terciado por delante el manto de color verde muy oscuro. En el borde superior se lee este epígrafe: *Cris-*

cribir el de Colon: economía muy usada por los ayuntamientos de provincia con los retratos de los Reyes. Pero en esto, dicho señor ha padecido grande equivocación, pues es co-

pia, hecha de intento, probablemente del que posee el Sr. Duque de Veragua y ha servido de tipo para varias estampas.

toforus Ligur novi orbis repertor. Aunque esta pintura cuente casi tres siglos de antigüedad, desgraciadamente no es mas que una copia, harto abreviada, del retrato colocado en la série de varones ilustres de la galeria de Florencia, que asi como otros de diferentes personajes, esparcidos por la córte, del tamaño dicho, fueron copiados, con muy ligeras alteraciones en el traje y en la edad, durante el último tercio de siglo XVI y parte del XVII, de los del famoso museo que Paulo Jovio formó en su granja de Como, precisamente donde Plinio el Joven tuvo la suya.

En la citada Galeria florentina se ve á Colon casi puntualmente como lo representa la estampa grabada por Aliprando Capriolo en el libro de los *Cento Capitani illustri*, impreso por primera vez en Roma en 1596, y que con toda fidelidad copiamos á la cabeza de este escrito. Despues de un detenido exámen, tanto sobre el retrato de Florencia, como del grabado que vivamente nos le recuerda (1), y de su comparacion con otras muchas estampas y dibujos, no vacilamos en presentarlos como los tipos que pueden suministrar mas datos para reproducir la imágen del insigne Genovés. La conformidad y correspondencia de las facciones de aquel semblante venerable con las que nos han legado su hijo, Gonzalo Fernandez de Oviedo y Herrera, y la procedencia de la primitiva tabla de un museo, cual era el de Jovio, el mas célebre de su tiempo, son garantías suficientes para que podamos fiar en este tipo. De cuantos cuadros conocemos es el que representa á Colon de mas edad, lo que nos induce á conjeturar que fue ejecutado al volver de su segundo ó tercer viage. El grabado en madera en los *Elogios* escritos por aquel Prelado, edicion de Basilea, fue abierto sin duda alguna por el retrato hecho al regreso de su primera expedicion, pues nos le trasladó con el traje ó hábito de San Francisco, de que luego se hablará (2).

(1) Creemos que en el museo de Jovio, junto al lago de Como, ademas del retrato de Colon, de que hay copia en Florencia, debió existir otro, vestido con sayal franciscano, del cual luego trataremos. Habiéndose deshecho aquel museo y dividido los retratos entre las dos familias de los Condes *Jovio*, que habitan en la ciudad de Como, ignoramos el paradero de entrambos, no habiendo podido visitar aquella poblacion durante nuestra larga permanencia en tan hermosas regiones.

(2) No podemos menos de alabar el tino

del artista que, debiendo pintar pocos años hace el retrato de Colon para el Ministerio de Marina, lo sacó de la estampa de Capriolo. Reprobamos sin embargo en este lienzo, colocado ahora en el Museo Naval de esta córte, la correccion que el pintor hizo en el traje por copiar el ropón morado del que se conserva en la sala de Indices de nuestra Biblioteca Nacional. De la misma impropiedad en el traje, y aun mayor, adolece la estampa recientemente publicada en la *Historia de la marina española*.

El que se conserva en la sala de Indices de la Biblioteca Nacional de esta córte, es el mas antiguo de cuantos hemos visto en España: está ejecutado en tabla, es de unos dos pies de alto y con poca diferencia igual en tamaño al de la casa de Malpica y al presunto de la isla de Cuba. Creemos que merece analizarse esta pintura, á la cual tenia especial predileccion nuestro difunto y sabio director, el Sr. Navarrete, que trató de reproducirla en la impresion de los Viages del Almirante.

¿Este retrato, por ser el mas antiguo que hoy conocemos, será copia de alguno hecho por el natural en nuestra península? ¿Será acaso de los que sirvieron de tipo para el del museo expresado de Paulo Jovio, ó será, por el contrario, copia de este, traída de Italia á mediados del siglo XVI, cuando entre los magnates españoles que volvian de aquellas regiones, se despertó la aficion á los retratos históricos y á todos los objetos de bellas artes?

Dos razones, no de gran fuerza, podrian dar visos de probabilidad á lo primero. Consistiria la una en la diferencia del traje, porque el ropon con pieles, ajustado y cruzado por delante, es vestido harto diverso del de los retratos que conocemos. Pero un escrupuloso exámen nos persuade ser aquel ropon postizo y obra de un restaurador moderno, pues mirando la tabla al soslayo se descubren las huellas ó pinceladas casi horizontales de los pliegues del manto echado sobre los hombros cruzando el pecho, con que se vé á Colon en la galeria de Florencia y en la ya citada estampa de A. Capriolo.

La segunda razon seria que este último retrato, si bien es de la misma sagma y está en idéntica direccion de la de nuestro cuadro, nos presenta á Colon con su cabellera larga, y con la calma y serenidad de un héroe; al paso que en la tabla de la Biblioteca, cierta contraccion en las cejas imprime una expresion notable de tristeza, que parece retrata el estado del alma del ilustre navegante en los meses últimos de su gloriosa carrera: diríase que lo escaso de su cabellera confirma igualmente esta conjetura.

Por desgracia, las razones que hay para probar que la tabla de que hablamos es una copia, son muchas y de gran peso. Obsérvase desde luego en ella el tamaño casi igual al de los retratos de Jovio, ó al de las colecciones que, como la de Florencia, se formaron copiando aquellos. Idéntica es la proporcion del busto de tamaño natural, idéntico el epítgrafe colocado del propio modo en la parte superior del cuadro. No vemos por otra parte aque-

llos trazos y pinceladas seguras y dibujadas que dan gran carácter de verdad al retrato; solo observamos el pincel suave y dibujo amanerado de la escuela florentina del último tercio del siglo XVI, en que Cristóbal del Altilisimo y varios discípulos del Broncino fueron á copiar á Como, para el gran Duque de Florencia y otros personajes, la interesante série del Obispo de Nocera. Además, si atendemos á que, contra la costumbre de los pintores españoles ó residentes en España, se ejecutó este retrato en chopo, madera comunmente usada por los artistas de Italia; á que la mayor parte de los que representan á Gonzalo de Córdoba, á Leiva, á Navarro y á otros ilustres compatriotas, que se conservan en la Península, no son otra cosa que copias de la citada coleccion de Jovio; á que el tamaño generalmente usado para los retratos sueltos, hasta el reinado de Carlos V, era casi la mitad menos del natural, como lo comprueban los que hizo Antonio del Rincon, de Isabel la Católica, el cual existia en la cartuja de Miraflores, de Doña Juana la Loca, de Antonio de Nebrija y otros muchos, cuya enumeracion seria prolija; y por fin, á que este cuadro de la Biblioteca tiene por compañero uno de iguales dimensiones que representa á Hernan Cortés, pintado por la propia mano y en la misma madera; deberá deducirse que esta tabla no es un retrato original, ni aun copia coetánea del que se pintó en presencia del célebre Almirante. Esta tabla parece restaurada de pocos años acá por mano inexperta; restauracion que, si permite juzgar de la sagma ó forma general de la fisonomia, ha interceptado algunos ligeros detalles y rasgos característicos de ella.

Apuradas, por decirlo así, todas las investigaciones posibles sobre los retratos conocidos que existen en la Península, sin olvidar la indicacion de M. Jomard acerca del que supone existir en el arsenal de Cartagena (4), creemos oportuno hacer una reseña crítica de los mas notables que conocemos fuera de España y de las estampas copiadas de los mismos. Se examinarán tambien otros grabados raros y curiosos hechos desde la mitad del siglo XVI hasta nuestros dias, pues aunque de aspecto rudo y debidas á un buril desaliñado, esta clase de producciones, sobre todo si son coetáneas á los personajes que representan, sirven de preciosos documen-

(4) Debemos á la cortesía del Sr. Director del Museo Naval de Madrid el que se practicarán las diligencias necesarias para averiguar lo que hubiese de cierto sobre este retra-

to. Parece que no ha existido nunca, ni en el arsenal, ni en la Comandancia general de Marina, segun las noticias adquiridas.

tos para rastrear y comprobar muchos retratos importantísimos. ¡Cuántos admirables lienzos quedan eclipsados en las primeras galerías de Europa por desconocerse el personage que representan! ¡Qué pormenores mas curiosos no revelan, por otra parte, en sus trages, armaduras y demas accesorios, estos grabados modestos, donde tal vez la falta de pretensiones fue un medio de que se conservase la verdad histórica!

Confiamos que este exámen desvanecerá las notables equivocaciones en que ha incurrido el caballero Jomard, si bien con laudable celo, en su folleto publicado como *Extracto del Boletín de la Sociedad de geografía de Paris*. La principal, y en que se resume todo su discurso, consiste en presentar como retrato de Colon el de un personage pintado á principios del siglo XVII, con el jubon, lechuguilla grande, gola, peinado y otras prendas no usadas hasta unos ochenta años despues de la muerte de aquel, es decir, hasta el tiempo de Felipe III. Tal es el lienzo que el académico francés descubrió con el mayor entusiasmo como retrato auténtico en la Galeria pública de la ciudad da Vincenza!

Seria ofender, no solo la ilustracion de esta Academia, sino la de cualquiera persona medianamente versada en la historia y en el conocimiento de los trages usados de tres siglos á esta parte, el detenerse en probar lo que acabamos de exponer. El escritor francés no ha tenido presente que en tiempo de Colon jamás se usó ni el bigote ni la perilla, y que la cabellera, lejos de traerse corta como en los reinados de Carlos V y Felipe II, se conservó larga y recortada horizontalmente hasta cubrir con frecuencia las orejas. La noble pasion de descubrir el retrato de un héroe como Colon, ofuscó demasiado el buen criterio del caballero Jomard al examinar aquella pintura; pues las inducciones que hace sobre su procedencia y las hipótesis que presenta son harto frágiles y vagas.

Y no puede apelarse en este caso á que la impropia adición del peinado, bigotes y otros accesorios nada probarian en contra de la autenticidad de un retrato cuyos rasgos característicos convinieran con los que describe el hijo de Colon. Aun admitiendo tan arbitraria transformacion ó disfraz, preciso es confesar que la forma prolongada de la cabeza del cuadro de Vincenza presenta líneas muy diferentes de las que tienen los retratos procedentes del museo de Jovio. Aquella tiene un óvalo muy largo y enjuto y su nariz una curvatura aguileña muy marcada, al paso que en los retratos pintados ó grabados en los tiempos mas cercanos á Colon, se dibuja esta con una curva muy suave y todo el rostro con un óvalo muy proporcionado.

No es menos débil otra base en que se apoya Mr. Jomard, es decir, la leyenda de *Cristophorus Columbus*, que vió en el cuadro de Vincenza. Desgraciadamente semejantes imposturas no datan solo de este siglo, en que ha hecho la especulacion mercantil, aun fuera de Italia, tantas falsificaciones. Todos los verdaderos inteligentes y expertos en pinturas conocen ya las firmas, cifras y números fingidos de célebres galerias, y el modo con que se descubren tales falsedades.

Por último, en casi todos los antecedentes y fundamentos, sobre que apoya el académico francés la pretendida autenticidad del retrato, sentimos decirlo, padece notables equivocaciones. Entre otras cosas, cree que el grabado mas antiguo que representa á Colon es el que se publicó en la obra *Grands et petits voyages*. Sabido es que aquel retrato no salió á luz hasta el año 1595 en la quinta parte de esta magnífica coleccion; y ya en la obra *Elogia virorum bellica virtute illustrium* de Paulo Jovio, impresa en Basilea en 1578, hallamos publicado otro retrato, entre los de muchos grandes capitanes, que mandó grabar el editor Perna y fueron reproducidos por el mismo en la edicion de 1596. Y no será inoportuno advertir que en la primera de Basilea, el editor en su dedicatoria al Duque Julio de Brunswick, dice: «que ha mandado dibujar con mucho dispendio á un sobresaliente artista los retratos pintados *al vivo* que decoraban el museo de Jovio». Muy en breve trataremos de aquella estampa. (1)

Ya hicimos mencion del retrato del Almirante, grabado con firmeza é inteligencia de dibujo por Aliprando Capriolo en su obra titulada *Cento Capitani illustri*, que como hemos dicho se dió á luz en Roma en 1596. Cuatro años despues, esto es, en 1600, publicó F. Tomasino la segunda edicion de esta obra, aumentada con algunos personajes, dedicándola á Enrique IV. Capriolo hubo de grabar estos retratos por la coleccion que el Gran Duque Cosme I mandó pintar á Cristófano del Altissimo, quien fue á Como á hacer en el museo de Jovio las copias que aun se conservan en la preciosa Galeria de Florencia. El plan que se siguió, al formar allí una coleccion igual y uniforme en las dimensiones de los retratos, hizo que algunos accesorios de los personajes no fuesen copiados puntualmente de los ori-

(1) Tambien Gaspar Baeza en la traduccion que hizo de los *Elogios* escritos por Jovio, impresa en Granada en 1668, dice que «los retratos de aquel museo se sacaron al

vivo... que los príncipes y caballeros principales envian de muy lejos á sacar retratos en nuevos traslados».

ginales, en los que hay diferencia de autores y de tamaños, como es natural, habiéndolos recibido aquel prelado de varios puntos de Europa y de diferentes artistas. En la colección Florentina se uniformaron, limitándose los retratos al busto solamente, mientras que en muchos de los del museo de Jovio se ven hasta las manos, á juzgar por los grabados de la edición de Basilea. Entre estos vemos también con manos á nuestro Almirante, que representa como unos 53 años; lleva la cabellera más corta y desordenada, y viste una especie de sayal franciscano. Los grabados de Capriolo todos son bustos como los de la serie Florentina, y en ellos aparece Colón ya de mayor edad; trae el pelo, aunque escaso, algo más largo, como en tiempo de los Reyes Católicos, y viste, según ya se dijo, una ropilla ajustada al cuello, como sotana, sobre ella un manto puesto al desgaire y algo caído así por el pecho como por la espalda (1). A pesar de esta variedad y de las modificaciones consiguientes á la edad más avanzada, ambos retratos presentan los indicios de tales, es decir, la forma prolongada del rostro, la de su nariz aguileña y demás rasgos característicos con que describen al Almirante su hijo D. Fernando, Gonzalo de Oviedo y Herrera. Pudiera decirse que el primero hubo de pintarse cuando Colón regresó de su primer viaje, como luego probaremos, y el segundo, así como el que está en Florencia, en el espacio que medió de la segunda á la tercera expedición. No pasaremos en silencio una conjetura que tenemos de que el Almirante debió engrosar algún tanto en sus últimos años. Nos la ha sugerido el cotejo del expresado retrato de franciscano con el de la galería de Florencia y sus estampas, y con el de un dibujo que conservamos, ejecutado á mediados del siglo XVI. En este último, sobre todo, aparece Colón más grueso y anciano que en todos los retratos mencionados en este escrito. (2)

Acaso dirá alguno: El museo de un Prelado como P. Jovio, escritor tan parcial y apasionado, que según él mismo confesaba tenía una pluma de oro

(1) Algo se resiente este manto de cierta convención ó arbitrio usado con frecuencia por los pintores y escultores para circunscribir un busto. Acaso se remitiría á Jovio desde España un dibujo ó pintura solo de la cabeza de Colón, ó sería tal vez pintado así por Cristóbal del Altísimo para la serie del Gran Duque,

con el designio de uniformarlos todos en tamaño. Después de escrita esta memoria hemos visto el mismo retrato copiado en la *Raccolta de Viaggi*, publicada en Italia por Giachetti.

(2) Los retratos de Napoleón en sus diferentes edades ofrecen las mismas alteraciones.

y otra de hierro, puede inspirar tan grande confianza para conceder á los retratos de su museo todo aquel interes y autenticidad que en ellos se requiere? Responderemos que si el Obispo de Nocera fué acaso poco escrupuloso con los retratos de los hombres ilustres de la antigüedad, como lo fueron Fulvio Orsino y otros anticuarios muy apreciables de su tiempo, no puede negarse que se mostró severo y exigente con respecto á los personajes de la edad media, especialmente con los que florecieron en los siglos XIV y XV y en los de sus coetáneos. Los ocho volúmenes de cartas de italianos y artistas célebres publicadas por E. Ticozzi, y otros documentos y noticias de Bottari, nos dan pruebas suficientes del cuidado que tuvo en recoger retratos auténticos de los varones ilustres de aquel período tan brillante para las letras y artes italianas. En estas curiosas colecciones se leen cartas de Jovio dirigidas al Duque de Florencia Cosme de Médicis, al Doni, al Aretino, al Ticiano y á otros famosos artistas y personajes, á quienes pide con suma instancia diferentes retratos, no dándose por satisfecho, en alguna de sus cartas, de ciertos lienzos que se le remitieron, temeroso de que fuesen poco exactos ó fidedignos.

Si se considera por otra parte el gran número de artistas italianos que desde principio del siglo XVI vinieron á España, el favor que gozaba el Obispo de Nocera con el mismo Emperador Carlos V y con los principales personajes de su córte, el entusiasmo y afan con que aquel prelado pedía á todas partes retratos para su museo, como hemos dicho, no quedará la menor duda de que si Colon fué retratado, P. Jovio pudo adquirir traslados exactos de los de su insigne compatriota, para ennoblecer tan magnífica galería.

Extraño es que de ninguno de estos retratos se haya hecho cargo Mr. Jomard, quien cita, como mas antiguo, el grabado por *Teodoro Bry* y reproducido por *Fresherius* y los editores del Elogio de Andres Doria y Colon, que sin exámen alguno lo adoptaron como auténtico, alucinados por la asercion del grabador de Francfort, que decia: *que el retrato publicado en sus Grands voyages fué mandado pintar por los Reyes Católicos al emprender el ilustre marino su primera expedicion.*

Digno era en verdad Cristóbal Colon de tan alto honor, mas hasta ahora no ha parecido documento alguno que acredite este rasgo de distincion inusitado en aquella edad. Además, existiendo tan notable desemejanza entre las facciones que reproduce el grabado de *Bry* y las que nos han transmitido los citados testigos de vista y los mismos retratos que se han enu-

merado, procedentes del museo de Jovio, ¿cómo podríamos admitirlo? Pero no nos esforcemos en impugnar mas este grabado, que ya desechó justamente en sus *Viages de Colon* nuestro difunto Director D. Martin Fernandez Navarrete,

Existe de pocos años á esta parte en la numerosa y rica coleccion de Versailles un retrato en tabla y de elegante pincel. Es innegable que hay bastante conformidad entre la fisonomia y traje del personage representado en esta pintura y la de los retratos de Teodoro Bry: y casi nos atreveriamos á asegurar que la tabla citada, ó algun original ó copiado de ella, pudieron haber servido de tipo al grabador aleman. No pasaremos, sin embargo, en silencio una diferencia que existe entre el cuadro y la estampa primitiva y sus copias. En estas se perciben dos pecas en la megilla izquierda; en la tabla, que cuidadosamente hemos examinado, no aparece de ellas el menor vestigio. Fuera de estas ligeras señales, que solo Fernando de Oviedo marca en la fisonomia de Cristóbal Colon, casi todas las demas facciones representadas, ya en las estampas, ya en el cuadro, están en completa disonancia con las descritas por los testigos de vista mencionados. Aquel aplastamiento de la nariz, aquella desmedida arqueadura de las cejas, nada revelan, como juiciosamente observa Mr. Jomard en su folleto, del genio y superior inteligencia con que brillaba el ilustre descubridor del Nuevo Mundo. Empero el traje y el peinado, que tan extraño y exótico encuentra el escritor francés, es puntualmente del tiempo de los Reyes Cotólicos, no habiéndose usado la barba en España hasta el reinado de Cárlos V. Esta pintura de Versailles fue grabada ha pocos años por Mercury con singular acierto y elegancia.

Otro retrato de Colon, grabado con suavidad y brio por *Crispin de Pas* en un óvalo en 16.^o, se publicó en Colonia en 1598 en la obra *Effigies Regum et Principum, quorum vis ac potentia in re nautica seu marina præ ceteris spectabilis est*: tiene en la mano el célebre marino un octante, viste un sayal mas parecido al de fraile Francisco que el del grabado en madera por el de la coleccion de Jovio, y solo se diferencia de este en que aquella especie de muceta, sobre la cual trae una cadena ó collar, no está abierta, y la capilla se vé mas determinada. Conserva la forma oval ó prolongada de la fisonomia, pero no la nariz aguileña con que conocemos á Colon, á quien representa de menos de cuarenta años. A pesar de tales diferencias, este retrato, citado por Mr. Jomard en la nota final de su folleto, no es mas que una imitacion libre del que se publicó en las dos ediciones de Basilea. Merece notarse la curiosa coincidencia del

trage de las dos citadas estampas con el que describe Andrés Bernaldez, cura de los Palacios, en el cap. 131 de la Historia de los Reyes Católicos: « *Vino, dice, el Almirante en Castilla en el mes de junio de 1496, vestido de unas ropas de color de hábito de San Francisco de Observancia, é en la hechura poco menos que hábito, y con cordon de San Francisco por devocion* » (1). De este sayal que vestia el Almirante habla tambien Fr. Bartolomé de las Casas en este libro 1, cap. 402 de su Historia.

Por ello la extrañeza misma del traje monacal con que Colon se vé representado en el primer retrato de la coleccion de Jovio, debe inspirar grande confianza á favor de aquella pintura: porque no es fácil que el Obispo de Nocera, que vivia en la mas culta sociedad de Europa, en Roma, Milan y Florencia, y estaba, como hemos indicado, en íntimo trato y relaciones con príncipes, grandes capitanes, literatos y famosos artistas, entusiastas por las formas y trages de la antigua Roma, con que estos adornaban frecuentemente hasta sus personajes coetáneos, no es fácil, repetimos, quisiera representar, entre aquella espléndida asamblea de valientes guerreros, á un héroe como Colon, á un compatriota suyo, vestido con el pobre sayal franciscano, si un retrato, sacado muy al vivo con el mismo traje, no le hubiera servido de tipo. ¿Seria imposible tenerlo á un prelado que fundó un museo tan insigne que el mismo Cárlos V quiso visitarlo, á un Prelado que casi pudo conocer al Almirante en los postreros años de su vida?

Vamos ahora á reconocer el famoso retrato que existe en el Real museo Borbónico de Nápoles, debido al elegante pincel del Parmegianino. Como esta magnífica tabla ha ofuscado tanto en los últimos años á personas muy respetables, y ha sido reproducida por el grabado en Nápoles, en Francia y en Inglaterra, creemos necesario hacer de ella un detenido análisis. El que ilustró esta bella produccion, Mr. Guillelmo Bechi, en el tomo 3.º del *Real Museo Borbónico*, confiesa que el eminente artista hubo de pintar de imaginacion el retrato. Mr. Jomard, aunque se adhiere al escritor italiano, invita sin embargo á los nobles genoveses encargados de dirigir el monumento del grande hombre, á que se inspiren sus artistas en aquel notable cuadro. Sentimos mucho separarnos en tantos puntos del parecer de dos personas tan distinguidas como las que acabamos de citar. El autor de este

(1) Con el hábito de aquella orden fué depositado su cadáver en el magnífico monasterio de San Francisco de Valladolid, depósito

tambien de grandes preciosidades artísticas é históricas, bárbaramente demolidas en 1837.

escrito, que ha examinado detenidamente el cuadro en Nápoles, llega á dudar que el artista Parmesano haya siquiera intentado representar en él á Cristóbal Colon. Apenas se encuentra un ligero punto de contacto entre los retratos auténticos del Almirante, que tan puntualmente revelan el franco carácter de un marino, con cierta finura y aire sombrío de cortesano que aparecen en el cuadro de Mazzuola. Mucho mas notable es todavia la oposicion que hay entre el traje y aspecto austero de nuestro héroe y las esquisitas y afeminadas galas de aquel personage, cuya fisonomia, notablemente prolongada y macilenta, dista muchísimo de la armazon de la cabeza ovalada y vigorosa del Almirante, en cuya noble y despejada frente se vé brillar el genio. Ni la cabellera que orna las sienas de aquel personage con simétricas y elegantes guedejas, ni los bigotes y prolongada barba, ni sus rizados mechones acicaladamente ordenados se usaron, sino con rarísimas excepciones, en los tiempos de Fernando é Isabel, ni en España, ni en Italia, ni en otras regiones civilizadas de Europa. Mucho menos se llevó, hasta los primeros años del reinado de Carlos V, aquel gorro rojo acuchillado á la tudesca, con pluma y botones dorados. Lo mismo puede decirse de otras prendas del vestido, como son aquellas mangas del sayo escalonadas con girones, aquella punta de encage junto á las manos, los guantes, la sortija que adorna el dedo anular y otros refinamientos que caracterizan completamente á un apuesto galan del siglo XVI.

Se nos opondrá la circunstancia de la medalla que adorna el gorro, donde algunos divisan una nave que pasa mas allá de las columnas de Hércules. Aun cuando exista esto realmente, como lo ven el Sr. Bechi y Mr. Jomard, ¿no podria ser una empresa de las que estaban tan en boga entre los personajes de aquella época, para quienes P. Jovio, Ruscelli, Capaccio y otros ingenios italianos componian costosísimos volúmenes? D. Garcia de Toledo, Virey de Cataluña, traia por empresa una brújula: Isabel de Correggio dos áncoras en el mar: Esteban Colonna hacia pintar dos columnas en alta mar, con una cinta entre una y otra y el mote *His suffulta*, y en medio una sirena. Pudiéramos citar cien ejemplos de la inexperiencia y torpeza de un sin número de restauradores de cuadros, que han hecho desaparecer muchos menudos accesorios y letreros, alterándolos lastimosamente al limpiarlos y retocarlos. ¿Quién nos asegura que el cuadro de Nápoles no haya sufrido una degradacion semejante? (1). Ha preocupado

(1) No habiendo vuelto á ver el autor de este escrito aquel retrato desde el año 1826,

esta pintura, que bautizada con el nombre de Cristóbal Colon se hallaba en la coleccion Farnesio, á muy notables escritores, á quienes no han llamado la atencion las grandes incoherencias y despropósitos que en ella se descubren. Contra estos ¿qué significan el nombre y aquel pequeño accidente? El retrato llamado de *Beatrice Cenci*, conocido en Europa por los millares de copias y estampas que de él se han hecho de sesenta años á esta parte, no está citado en los catálogos é inventarios, hechos cien años há, de la casa Colonna (donde existia desde el siglo XVII), sino con el nombre de una *sibila* ó cabeza puramente *ideal*. Otros muchos retratos se podrian citar, que han sido bautizados en nuestros tiempos con nombres muy insignes, por especulacion mercantil; imposturas ó equivocaciones que no dudamos se descubrirán tarde ó temprano (4).

no se atreve á asegurar si la empresa de la medalla es ó no una nave entre las columnas de Hércules; pero el que con atencion examine la estampa del mismo cuadro en la primera página del tercer volumen del *Museo Borbónico*, observará, en vez de las dos columnas de Hércules, una áncora con una cinta ó letrero que cae diagonalmente á la base de otra áncora ó columna compañera. La estremidad de esta cinta, graciosamente enroscada, no permite discernir cuál de las dos cosas se ha querido representar. Se ha dicho que Isabel de Correggio tenia la empresa de las dos áncoras en la misma disposicion. G. Ruscelli la trae grabada en su magnífico volumen, y dice que Isabel era una hermosísima jóven que á la edad de 22 años quedó viuda de Giberto de Sassuolo. Nótese que ambos esposos y el pintor Mazzuola eran de una misma comarca.

(4) Entre muchas de estas equivocaciones, creemos deber denunciar otra de gran bulto relativa al retrato de un personage muy célebre que posee Mr. Briere en Ginebra. De él vimos años hace una estampa grabada con suma maestría por Mr. Rouvier, y segun un artículo de Mr. Viardot en la *Ilustracion* de París, parece que dicho cuadro se ha grabado de nuevo por Mr. Pascal. Segun el epígrafe de ambas estampas, el retrato representa á Cervantes, y fué ejecutado por Velazquez. ¡Hé aqui dos nombres bien gloriosos en los fastos de las artes y letras españolas! El

que bautizó el cuadro no quiso quedarse corto en darle celebridad, al modo que en Roma desde principios de este siglo cien individuos de oscuras familias se llamaban Aquiles, Alejandro, Aníbal y Pompeyo! Ciertamente el poseer por arte de magia un retrato de Cervantes y una pintura de las de Velazquez, hoy dia tan excesivamente raras en Europa, era una buena fortuna para un profano y mucho mayor para un aficionado. El distinguido escritor Mr. Viardot, á fuer de cronista de nuestra pintura allende del Pirineo, se esfuerza con mas ingeniosas que fundadas conjeturas en probar que Velazquez pudo hacer aquel retrato por otro que hubiera visto en el estudio de su maestro Pacheco, quien acaso retrataria á Cervantes en Sevilla cuando se hacian los preparativos de la armada invencible. De hipótesis en hipótesis nos va llevando el agudo escritor casi hasta ver pintar aquel retrato al célebre autor del cuadro *de las lanzas*. Concedemos de buen grado que este gran artista haya podido copiar en el taller de su maestro un retrato de Cervantes; pero son inadmisibles los ejemplos que presenta Mr. Viardot, para probar que Velazquez hizo retratos de personajes anteriores á su época, citando los que existen de su mano con el nombre del Marqués de Pescara y del Alcalde Ronquillo, pues saben todos los aficionados que estos son nombres supuestos con que se designaron aquellos cuadros que en-

Siguiendo nuestra revista de retratos grabados, debemos advertir que el publicado por D. Juan Bautista Muñoz no merece mayor crédito, pues no puede dudarse un momento que se dibujó por el de la casa de Veragua, ó por el del Archivo de Indias, reproduciéndolo con su coraza y su lechuguilla, que, como es sabido y hemos repetido anteriormente, no se usó hasta unos setenta años despues de muerto el Almirante.

A principios de este siglo dió á luz el erudito abate Cancellieri, en su obra sobre Colon, un lindo grabado de un retrato en óvalo, que presentó como muy auténtico por hallarse en casa del Sr. Guillermo Fidele Colombo de Cuccaro, á cuya poblacion intenta el citado escritor atribuir la gloria de haber dado cuna al gran marino. El tamaño tan diminuto de la

tonces adornaban el Palacio Real, acaso por capricho de algun cortesano ignorante de los que abundan en todos tiempos. Dichos retratos estan en completa disonancia con la fisonomia y trages del siglo XVI en que florecieron los expresados personajes. Pero entremos en el exámen mas importante del retrato en cuestion. Los lienzos y estampas numerosas que representan á Cervantes, muy conformes con los rasgos con que él mismo retrata su *rostro aguileño*, y particularmente con el *caballete* tan pronunciado de su *nariz corva*, *aunque bien proporcionada*, nada absolutamente, nada tienen que ver con aquella innoble fisonomia del pretendido retrato, y mucho menos con la desmesurada y prolongada nariz que en él se observa. ¿Ha de recordarse á personas tan ilustradas como los Sres. Viardot y Jomard que cualquiera faccion de la fisonomia, la nariz aguileña por ejemplo, ofrece infinitas modificaciones en sus líneas, en consonancia con la prodigiosa variedad que se observa entre todos los seres del universo? No es bien diversa la nariz aguileña de Colon, de aquella con que conocemos á Cervantes, lo mismo que de la de Antonio de Leiva, de Nebrija y de la de otros muchos célebres varones? No creemos deber cansar mas á nuestros lectores rebatiendo otras razones que aduce el Sr. Viardot, y concluiremos demostrando la diferencia notable en los traheres del personage de la estampa con el que usó el célebre autor de Don Quijote. Re-

salta á primera vista en aquella la gran vazona á la flamenca, cuyo uso no principió hasta el segundo tercio del siglo XVII. Hasta este período la cabellera era muy corta, y cuando empezaron á traerse largas las guedejas quedaban cortadas hasta las orejas horizontalmente con cierta simetria. En este retrato de Suiza cae de diferente modo, perdiéndose en punta, exactamente como se usaba en Francia. El mismo jubon, con sus acuchillados y botonadura, ofrece alguna variedad, pues en España, aun en tiempo de Velazquez, era mas sencillo y escasos los acuchillados, y no como los del cuadro de Suiza donde se vé cierto refinamiento y menudencias que generalmente solo se usaron en Francia y en los Países Bajos. En suma, aun prescindiendo completamente de lo extraño de la fisonomia, todo el aspecto de este retrato en su trage y peinado revela puntualmente un francés del tiempo de Luis XIII.

¿Cuándo se acabarán tantos retratos apócrifos difundidos por malicia, que la especulacion mercantil ofrece todos los dias en cuadros y en estampas? Tambien en España se ha despertado ese furor de retratos litografiados, que lejos de ilustrar los trabajos ó leyendas históricas, las degradan torpemente. Los retratos del *Album regio* que hoy se está publicando en Madrid, por no hablar de otros que han visto la luz pública en estos años últimos, corren parejas con todo lo mas apócrifo y absurdo que se haya ofrecido al público.

estampa no permite sacar de ella grandes consecuencias. A primera vista aquel retrato parece una reproduccion del que sirvió de tipo al publicado en los *Cento capitani illustri*, á excepcion de la cabellera, que en el primero es mas corta y escasa. Descubre solo una pequeña parte de ropa ajustada al cuello como una sotana, y sobre ella un manto ó capa que cruza por delante, como se vé en la estampa adjunta y en el de la casa de los señores Marqueses de Malpica. Si se observan atentamente los rasgos de su fisonomia, cierta tristeza en su expresion y lo escaso de su cabellera recuerdan bastante el de nuestra Biblioteca Nacional, el cual, lejos de representar como pretende Mr. Jomard 35 ó 40 años, parece que nos indica mas de 50, á pesar de la desaparicion de algunas arrugas por la inhábil restauracion que sufrió. Pero es digno de disculpa este distinguido escritor respecto de tal equivocacion, pues que no es posible juzgar de un cuadro por una litografia ejecutada hace bastantes años y en pequeñas dimensiones, á la cual no puede exigirse aquella esquisita precision de detalles, tan necesaria para juzgar atinadamente de los cuadros (1). Además, las pocas ocasiones que habrá tenido Mr. Jomard de ver monges y frailes, le han hecho creer que el ropon del cuadro original es un hábito religioso.

Dejando la enumeracion de otras estampas diminutas, porque no pueden suministrarnos luz alguna sobre la materia, concluiremos esta reseña con la estampa de mayor tamaño que existe, y es propiedad de la Calcografia Nacional de Madrid.

Grabóla el acreditado artista D. Rafael Esteve, con bastante brio y maestría, por un dibujo que hizo el pintor Galiano copiando el ya citado cuadro del Palacio de Berwick y Alba. Hay diferencia entre la estampa y el cuadro, y consiste en que en este el Almirante aparece sentado, y en la estampa se le vé de pié y con algunas variaciones accesorias en el fondo. En su lugar hicimos la crítica de este retrato, cuya estampa lleva por epígrafe: *el cuadro original fué pintado en América por Vanlóo!!* Ninguno de los pintores de este nombre, posteriores á Colon en mas de dos siglos y medio, estuvieron en América.

Terminaremos este exámen con una observacion digna de tenerse en cuenta. Todos los retratos referidos, tanto los ejecutados en pintura como el gran número de ellos que poseemos grabados, exceptuando solo el apócrifo de *Mercury*, concuerdan perfectamente entre sí, en estar vuel-

(1) Esta litografia la ejecutó el Sr. Duque de Veragua con esmero y correccion, como persona tan iniciada en las artes del dibujo.

ta la cabeza de Colon hácia su derecha; lo cual, aunque en muchos la vista se dirija al espectador, prueba que ha dominado un tipo, que con las diversas modificaciones ya indicadas en el traje y cabellera, ha servido á casi todos los artistas que han tratado de representar á Colon en los tres últimos siglos.

¿Pero cuál es este tipo? No titubeamos en designar las dos pinturas del museo de Jovio; dejando suspensa la resolución del problema, ó de la presuncion, indicada al principio, de que en España debió existir algun retrato original de Colon, del cual se serviria Jovio para trasladarlo á su museo. Tanto en este, como en el de Florencia, por la celebridad que tuvieron, se copiarían retratos del famoso Genovés, asi como se copiaron los de otros muchísimos personajes, para las colecciones de varios Príncipes de diferentes puntos de Europa. Prueba de ello son los que existen en Roma en el palacio Borghese y otros. El de la coleccion del *Belvedere* de Viena, los ya citados de la casa de Malpica de Madrid, y los que formaron parte de las dos numerosas colecciones de las casas de Altamira y Villafranca (1), todos se ven representados, con ligerísimas variaciones, como el busto de la coleccion Joviana, que reproduce fielmente el fac-símile que acompaña á este escrito (2).

Habiendo expuesto cuanto hemos creído conducente acerca de los retratos del ilustre Genovés, fáltanos manifestar con documentos fidedignos el traje que pudo usar cuando su nombre principió á hacerse célebre en todos los ángulos de la Monarquía.

Quien nos informa del gusto de las modas durante esta época es el doc-

(1) El Sr. General Zareo del Valle, animado del celo é ilustracion que le distinguen, presentó poco há' á nuestra Academia, entre otros objetos, el Poema de Colon de *Aug. Frankl*, á cuya cabeza se vé el retrato del célebre marino copiado del que existe en la coleccion de *Belvedere* de Viena. A pesar de los defectos de que adolece la litografia y de la escasa y corta cabellera, nos prueba suficientemente que el retrato de Viena es copia del busto de la coleccion Joviana, é idéntico al que ya citamos publicado por Cancellieri.

(2) El Sr. D. Miguel Salvá, digno Bibliotecario de S. M. y Censor de nuestra Academia, se sirvió comunicarnos una curiosísima correspondencia epistolar del año 1601, entre

D. Pedro de Toledo, quinto Marqués de Villafranca, y Francisco Valcarcel, su agente en Roma. Se vé por ella que aquel personage encargó una coleccion completa de esta série de retratos, pues su agente le escribe: *que los Emperadores, todos estan acabados, que son ciento cincuenta y siete: los Hombres ilustres, hay ciento acabados y faltan cincuenta por acabar; que en todo serán trescientos veinte, poco mas ó menos.* Creemos que esta série se copiaría de la que hemos visto en Roma en el Palacio Borghese, que estuvo en la Granja Tusculana de *Mondragon* y fué copiada en el museo de Jovio. (Véase á Vasari con las notas de Botari.)

tor Pedro Giron, Consejero Real, y padre del Arzobispo D. Garcia de Loaisa, en un tomo de apuntamientos que escribió en el año de 1537 y se guarda entre otros papeles en nuestra Academia. Dice así:

«Porque en estas córtes S. M. hizo una ley en que declaró y mandó la forma é manera que los hombres é mugeres habian de tener en los vestidos é guarniciones dellos, me pareció cosa conveniente poner aquí algo de lo que la memoria de los hombres ha retenido de la manera que la gente de España usaba en los vestidos é la que agora usa; porque muchas cosas que á los presentes son muy notorias, é por esto dejan de escribirse é poner en memoria de los hombres, despues el tiempo é las mudanzas que hay las olvida é face que no se sepan.

» Las calzas eran abiertas por los lados quanto un jeme de la mano; las braguetas altas, que se atacaban juntamente con las calzas, é al principio un poco anchas, é arriba tan angostas como dos dedos ó poco mas.

» Los sayos, lo mas antiguo de que hay memoria en España agora, es que se usaban todos enteros de cuatro cuartos, sin tronzadura, é porque eran angostos de la cintura abajo, los abrian é les mitian unos pedazos de paño que llamaban girones: comenzaban poco encima de la cintura, é allí eran muy angostos é punteagudos, é abaxo iban ensanchando, é de estos girones habia en el sayo tres ó cuatro. Los sayos eran largos, las mangas muy angostas, el cuerpo del sayo llegaba que cubria el collar, salvo dos dedos ó tres que quedaban de fuera por detras, é por delante quasi todo el collar.

» En la cabeza traen caperuza de paño ó seda redondas é con vuelta redonda.

» Tambien traian tabardos, que eran unas ropas cortadas como capuces é con su capilla; otras cerradas, pero tenian abiertas unas maneras á los lados en derecho de los brazos, por donde los sacaban, é tenian unas mangas junto á las maneras por detras, angostas, tan largas como era la ropa. Despues se usaron estos tabardos sin estas mangas, é aun el dia de hoy los traen algunos.

» Despues se desusaron los sayos de los girones, é se usó sayos tronzados, por la cintura arriba juntos al cuerpo, de la cintura abajo todo de nesgas tan anchas como cinco ó seis dedos, cogidas unas con otras porque hacian mas ancho el faldamento que los girones». (1)

(1) Este curioso documento ha sido suministrado por nuestro Académico el Excmo. se-

Resulta de este documento y de otros que se han examinado, que el traje comun de las personas decentes y casi notables, consistia en una gorra de terciopelo con vueltas ó aletas, la cabellera prolongada hasta cubrir las orejas y cortada horizontalmente; camisa de pliegues muy menudos y de collarin que no excedia del grueso de un dedo; sayo agironado, que llegaba hasta las rodillas, con el collar cortado en escuadra ó cuadrado por delante; calzas ajustadas al símil de las calcetas; zapato romo y sujeto por una presilla que pasaba por el metacarpo; tabardo hueco y largo hasta por bajo de las corvas, con vueltas anchas, maneras y aberturas laterales y mangas perdidas.

Consignadas aqui estas noticias, que describen tan minuciosamente los nombres y formas del traje usado en tiempo de los Reyes Católicos, creemos seria muy útil presentar un documento plástico que manifestara materialmente la forma exacta del traje y sus accesorios, difíciles de apreciar bien clara y distintamente por una relacion. Teniendo la estatuaría multiplicados puntos de vista, necesita dar razon hasta de sus mas indiferentes accesorios, los cuales por lo general jamás se pierden ni interceptan á los ojos del espectador, al contrario de lo que sucede en las producciones del pincel, que solo presentan un punto de vista.

Este documento podria consistir en un dibujo de alguno de los excelentes bultos sepulcrales de próceres españoles que existen en nuestras catedrales y monasterios, y aun seria mucho mejor un vaciado en yeso, que dividido en dos partes pudiera transportarse fácilmente á cualquier punto. Fácil nos seria citar muchas de estas estatuas que existen en Toledo, Segovia, Valladolid y otras poblaciones de la Península; pero desgraciadamente para nuestro objeto están con armaduras los personajes que representan.

El traje que creemos mas oportuno para retratar á Colon, en quien dominó la fuerza de la inteligencia, mas que la material de las armas, es el que traeria cuando se hallaba en Barcelona recibiendo los obsequios y mercedes debidas á su inmortal empresa (1). Para este objeto, se presenta en

ñor Conde de Clonard, autor de la interesante *Historia del traje español*, que es sensible esté inédita todavía.

(1) En una de las fachadas del Capitolio de Washington se colocó en 1844 un bello grupo de mármol representando á Cristóbal Colon acompañado de una figura simbólica.

Esta excelente obra, ejecutada en Nápoles por el escultor Pérsico, adolece de grandes impropiedades en el traje, á pesar de haber sido representado el célebre descubridor con una armadura que, se dice, conservan sus descendientes en Italia. Por el grabado que tenemos presente se vé que ni la armadura ni el

primera línea un bulto sepulcral mutilado, recogido de las ruinas de Santa Engracia de Zaragoza, que retrata, según se cree, al Vicechanciller de Aragón D. Antonio Agustín, padre del insigne arzobispo de Tarragona, y existe en el museo provincial de aquella ciudad. En el de Sevilla ó en la Cartuja de aquella capital debe conservarse también una láuda en bronce, donde está grabada la efigie del Marqués de Tarifa, del tiempo de Colón; aunque este solo no sería documento suficiente. Otras varias estatuas sepulcrales con el traje civil de la expresada época se conservan en diversos puntos de la Península, cuya enumeración sería larga y enfadosa.

Si la Academia cree oportuno señalar algunas efigies de personajes armados, en la Catedral de Toledo existe la de D. Íñigo López Carrillo de Mendoza, Virrey de Cerdeña, que murió en el Real de Granada el año de 1494, y en el museo de Guadalajara la del Conde de Tendilla (1).

Respecto del escudo de armas que al Almirante concedieron los Reyes Católicos, nada nos parece más auténtico que el testimonio de Gonzalo Fernández de Oviedo, quien lo describe de esta manera: «Un escudo con un castillo de oro en campo de goles, ó sanguino, con las puertas ó ventanas azules, y un león de púrpura ó morado en campo de plata con una corona de oro: la lengua sacada é rapante, así como los Reyes de Castilla é de León los traen. Y a questo castillo é león han destar chief ó cabeza del escudo: el castillo en la parte derecha y el león en la siniestra, y de allí abajo las dos partes restantes del escudo todo han destar partidas en mantel, y en la parte derecha una mar en memoria del grande mar Océano: las aguas al natural azules y blancas, y puesta la Tierra firme de las Indias, que tome quasi la circunferencia deste quarto, dejando la parte superior é alta dél abierta, de manera que las puntas de esta tierra grande muestran ocupar las partes del Mediodía y Tramontana. E la parte inferior, que significa el Occidente, sea de tierra continuada, que vaya desde la una punta á la otra desta tierra. Y entre aquestas puntas, lleno el mar de muchas islas grandes y pequeñas de diversas formas; porque esta figura, según está blasonada en este quarto, es de la manera que se pueden significar estas Indias: la cual tierra é islas han destar muy verdes é con muchas palmas

peinado, ni una siquiera de las prendas con que Colón está representado son de su tiempo, sino de más de cien años después.

(1) En estos últimos años ha sido trasladada á aquel museo desde el monasterio de

Santa Clara de Tendilla: ejemplo que ha tenido pocos imitadores en las provincias, donde se van perdiendo vergonzosamente estos bellos y magníficos recuerdos de gloria nacional.

é árboles, porque nunca en ellas pierden la hoja, sino muy pocos: é ha de aver en esta Tierra firme muchos matices é granos de oro, en memoria de las innumerables é riquísimas minas de oro que en estas partes é islas hay. E por esta pintura, si el letor no quedó bien informado de lo que se toca en el primero cap., lib. II, de la grandeza é forma del asiento de la Tierra firme, lo podrá algo mas claramente entender, é yo tornaré á difinir estas armas de que agora se tracta: é digo que en el otro quarto siniestro del escudo hay cinco áncoras de oro en campo azul, como insignia apropiada al mismo oficio é título de Almirante perpétuo de estas Indias, y en la parte inferior del escudo las armas de la prosapia del linage de Colon: conviene saber, un cheph ó cabeza ó parte alta de goles: Velsanguina é de allí abajo una banda azul en campo de oro, é sobre el escudo un Baul de Estado al natural de ocho lumbres ó vistas, con un rollo y dependencias azules é de oro: é sobrel Baul por timbre é cimera un mundo redondo con una cruz encima de goles, y en el mundo pintada la Tierra firme é ilas de la manera que estan de suso blasonadas, é por defuera del escudo una letra en un rótulo blanco con unas letras de sable que dicen: *por Castilla é por Leon: nuevo mundo halló Colon.* Asimismo por respecto al Almirante hicieron los Reyes Cathólicos Adelantado desta isla española á D. Bartolomé Colon, su hermano, y le hicieron otras grandes mercedes, que por evitar proligidad aquí no se dicen, como mas largamente parece por su privelegio Real que le concedieron é yo he visto algunas veces».

Tan extensos pormenores dan idea completa del escudo de Colon, pero solo un dibujo, que sepamos, reúne todas estas circunstancias, y es el que se vé grabado en el mapa de la Isla Española, que forma parte de la obra intitulada *Annales de l'Espagne*, por Alvarez de Colmenar. Los escudos que acompañan á los retratos del archivo de Indias, de las casas de Alva y de Veragua, y del nobiliario de Haro, carecen de algunos pormenores correspondientes al tercer cuartel, acaso por ser incompatibles con las reglas de la heráldica. Tambien en ellos se echa de menos el glorioso timbre que corona el escudo; pero es fácil suplir este defecto. Por esta razon, y por faltar el espacio para copiar el primero, damos el escudo litografiado debajo del retrato tal cual se vé en las indicadas pinturas.

Aquí terminaremos el honroso encargo que se nos ha confiado. Hemos procurado satisfacer los deseos del Gobierno de S. M., las ilustradas miras de la Academia, y el interés que inspira á todo español la memoria de un hombre que, sin mas recursos que su genio, extendió los limites

del mundo, acrecentó las glorias de nuestra patria y le preparó el camino para dilatar y engrandecer sus dominios con la conquista de un nuevo continente. Difusas y minuciosas podrán parecer estas investigaciones, mas no las exigian menores, asi la importancia del asunto, como los graves errores en que, al reproducir y publicar los retratos de tan insigne personage, han incurrido aventajados artistas y eminentes historiadores.

Muy lejos estamos de presumir que el fruto de nuestras tareas sea cabal y completo, y digno de la ilustre Corporacion á que nos dirigimos; tampoco ha correspondido á nuestra propia voluntad. Con todo, hemos investigado la verdad con afan y exquisita diligencia, y á la satisfaccion de habernos ocupado en este asunto, quizá podamos añadir la de haber contribuido á su ilustracion. A los sábios y artistas de todos los paises toca perfeccionar la obra que solo nos han permitido bosquejar nuestras débiles fuerzas.

C37-

40E

